

ensartándolo en el alma,
espumándolo en el cerebro como el tronco de una col...
y sueño...

Lya de Putti desnuda,
Lya de Putti prostituta,
con los labios pintados con caviar
y ojeras al Borgoña,
entregada a la platea,
–rugiente coliseo de empleados de comercio
y tenderos barrigudos–
para que mañana la Empresa recoja sus despojos
y ponga un cartelito de hallazgo en la boletería.

Pero sé que mimando ese drama,
–fugaz talco en una sábana cagada por las moscas–
esta mujer estupenda,
casi porteña en el dintel de sus senos altos,
gana una punta de dólares,
y no es como las obreras que trabajan en los días del
menstruo,
y entonces corto la cinta
con la raya de mi escupida,
que, como siempre, se lleva el chocolatinero de propina.

El enamorado de la estrella

De *La mosca verde* (1933)

–Sigo la sinuosa boca de Joan Crawford –me dijo
aquel enamorado de la estrella.

Estábamos en el vestíbulo de un cinematógrafo. Las
puertas acolchadas, iban tragando a la multitud, ávida del
espectáculo transparente, del espectáculo que cuatro hom-
bres vestidos de “over all” habían traído en algunas latas
redondas, parecidas a esas en donde se guarda el dulce de
guayaba. Probablemente igual melaza contemplativa hay
en la película, blanca y sin planos, achatada en una sábana
lejana, en donde viven todas las pasiones humanas y ante
la cual una multitud que chupa caramelos, olvida la men-
surable mediocridad de todos sus días.

–¿Leerá usted todo lo que se publica sobre esa estre-
lla? ¿El relato de sus amores, sus caprichos, el nuevo
color de su cabellera, sus infracciones a las leyes de trá-
fico... en fin, sus características de estrella cinemática?

–¡Dios me libre! –me contestó aquel amigo–. Estoy
ciego y sordo a todo su reclame. Sólo veo en ella a un
ídolo lejano e inaccesible y la sigo en todas sus pelícu-

las. La he visto desde la noche de su estreno en un cinematógrafo central, hasta su despedida en un biógrafo de arrabal, cuyo amplificador secundario le construye una voz nueva, de tintas opacas y de gamas impresentidas. Después parte hacia las provincias y los territorios nacionales.

Le haré a usted, amigo mío, mientras esperamos la sección vermut, en donde la veré otra vez, la historia de este amor solitario y divino, porque ella no sabe que la amo y no lo sabrá nunca.

Mi amor es más moderno y meritorio que el del Conde de Montecristo. Es un amor decente. Un amor ideal. Platónico y desprovisto de todo materialismo. Mi amada es blanca y uniforme, sin relieves, sin perfumes de mujer. Jamás está resfriada y no le alcanza la dismantelación nerviosa de la postgripe.

Tampoco menstrua.

Es una novia absolutamente mecánica. La guardo en el bolsillo. No se asuste usted, pues la verdad es que logré obtener un pedazo de celuloide donde está en semilla, germinadora de lejana luz. Tengo en mi casa un modesto aparato que proyecta la película. ¿Quiere usted creer que todas las noches, en esa hora intermedia que precede al alba, cuando el cielo es nácar líquido y la noche se detiene en jirones en las mojadadas balaustradas de las casas y en los embaldosados que hay en las azoteas del arrabal, Joan Crawford me visita? Sí. La pro-

yecto sobre una sábana y la dejo estar allí. Y sueño. Es perfectamente la visión de la amada que los grandes románticos se hacían traer ante sus ojos, forzando la hiperestesia, para decir luego que estaban en trance de inspiración. Yo hago viajar a la estrella desde millares de kilómetros de distancia y la detengo en la sábana, un poco marchita por el largo viaje, de mi domesticidad. La película es antigua, resquebrajada y usada. Ha pasado por todos los cinematógrafos del mundo. Llegó a Buenos Aires hace algunos años y su historia estaría escrita en la cordillera de golpes que deformaron la caja que la encerraba. La lustraron de congoja y de imposible alcance los ojos de Ushuaia y de la Quiaca. De Rivera y de Matto Grosso. De Valparaíso y de Jamaica. Después llegó a mis manos. Joan Crawford no es estrella allí, sino fugitivo relleno en una escena. Tiene medias de lana y un gorrito de piel de astracán. Ahora sus cabellos tienen el color indefinido de las muchachas que pasan su juventud en las canchas de "tennis". Pero en aquel entonces eran negros y suaves, peinados con agua clara y un peine de medio dólar.

Está inmóvil en un cuadro de celuloide que yo proyectó amorosamente al vacío, durante todas mis noches. Insisto en ese blanco fantasma de soledad taciturna. No de otra manera debían ver a las mujeres de sus sueños los grandes poetas que dijeron del amor cosas magistrales o cosas idiotas.

Por lo demás, mi manía es inocente y sólo merece de la dueña de la pensión alguna mirada recriminatoria. Y cuando bajo a tomar una sopa de hinchados fideos desleídos en un líquido negruzco, todos me miran significativamente. Claro. Me han oído hablar solo en mi cuarto y no comprenden. Nada saben de ese diálogo ideal que mantengo con la imagen adorada: ella en la sábana, yo en mi sillón.

¿Sabe usted que moviendo un poco la manivela de mi máquina, esa imagen realiza diecisiete gestos? ¡Oh! Los tengo bien estudiados. El más acogedor es el que baja sus brazos a lo largo de su cuerpo y parece decirme con una elocuencia de fanfarria por qué no voy a su lado. Naturalmente que luego pienso en mi triste situación de porteño, anónimo y desesperado, hombre de la calle Corrientes, que pasea la tremenda tristeza de su amor sin esperanzas. No se ría usted. El hecho es claro y entra perfectamente en el cartabón de las grandes pasiones. Supongamos que yo conocí a Joan Crawford alguna vez. Que me enamoré de ella, jurándole eterno amor. Ella lo aceptó. Era entonces una muchacha de medias de lana y gorrito de piel de astracán, en una aldea lejana. Después, claro está, yo partí para la ciudad en busca de fortuna. Como buen porteño, fracasé en mis muchas vigiliás en los bares y en mis muchas mañanas de sueño. Mis tardes desganasadas sólo me proporcionaron el empleíto nacional del que vivo. No vol-

ví a ella. Y ella se cansó de esperar aquel telegrama que debía contener estas tres palabras: "Fortuna hecha, stop ven".

Y se fue a Hollywood. Triunfó, claro está. Se casó con un hombre más rico que yo, mejor que yo, más hermoso que yo. No lo odio. Lo ignoro. Como en todas las grandes tragedias románticas, la sigo desde lejos. En lugar de esperar en la iglesia, confundido entre los fieles, su blanca aparición de desposada, yo estaba entre los espectadores de la película de actualidades en donde la joven pareja nos sonrío su felicidad. Como es natural, mi comportamiento fue digno. No me crucé con la feliz pareja, ni la miré a ella con gran reproche en mis ojos. Nada de eso. Ni siquiera le envié una carta amarga. Prefiero que siga creyéndome muerto. No podía regresar pobre y fracasado.

La sigo a todas partes. Cautelosamente, dignamente. Cuando ella concurre a un baile y baila, maravillosa y única, no soy el hombre que zurdamente la encuentra detrás de una columna y a traición le reprocha su poca ropa. Jamás voy a ese baile y no estoy tampoco entre los curiosos que acechan desde las ventanas, porque eso no sería digno. Estoy, humildemente, en la cuarta fila del cinematógrafo en donde proyectan la película. Para serle verídico, le juro, mi querido amigo, que nunca dejo que sus ojos se posen en los míos. Cuando ella mira a los espectadores con las inmensas rasgadas almendras

de sus ojos, yo aparto pudorosamente los míos y sonrío a la vecina para que me crea feliz, casado y olvidado. Además no cometo la tontería de esperarla en el vestíbulo a la salida, ni trato de sobornar a nadie para que lleve una carta escrita en el café de la esquina. ¿Para qué? ¿No le dije que la tengo a ella, en la vieja película que es como si tuviera aquel trivial retrato de novia campesina que ella me dio el día que nos separamos para siempre? Tiene aún ese gorrito de piel de astracán y esas medias de lana. Ahora viste toilettes estupendas, pero la culpa no es mía.

He reflexionado sobre la evidente grosería que hay en enamorarse de una actriz de teatro. Usted la podrá ver, contemplar a sus anchas en el escenario y luego encontrarla en la calle; cruzarse con ella en una esquina; encontrarla en una farmacia comprando un tubo de aspirina; verla comer en un bar alemán. La posibilidad de tanta frecuencia quita toda poesía al amor y hace de ese amor un absurdo drama, cantable como una ópera. Y concluirá por pegarse un tiro... o pegárselo a ella.

En este amor cinematográfico de tan hondas raíces eléctricas, hay una vibración de poesía superior. Silenciosa poesía de gestos y ademanes. Nada más que esa contemplación lejana e idolátrica. Para mejor, en la pantalla, mi amada se proyecta cuatro veces en su tamaño natural. Es por consiguiente la imagen milagrosa que baja del techo de la habitación hasta nuestro paté-

tico destino. Solamente los habitantes de una isla perdida en el Pacífico, que no está en las cartas de navegación, podrían experimentar una sensación semejante. Sería cuando del medio del mar se les apareciera un buzo. ¿Puede traernos la felicidad esa visita? Gran error. Si la trajera, la desilusión sería enorme. Lo ideal es este ejercicio continuo, esta gimnasia del martirio amoroso. Esta acre voluptuosidad de padecer. Este satánico orgullo de transitar por la calle Corrientes, como porteño anónimo que soy y guardar en mi alma y en mi cerebro la diabólica certidumbre de un amor que si lo sospecharan los que pasan, me haría célebre.

Ella es simple como la luz y el agua, es sencilla como el pan y tan pura como la llama.

Ha triunfado y salió del anonimato de aquel pueblecito de donde nos separamos para siempre. Recuerdo que sus manos estaban moradas a pesar de sus largos mitones de lana.

Yo fracasé.

Cargo mi tragedia pero no interrumpo su felicidad. Desde lejos ayudo a su destino con mi adhesión de cliente fijo en todas las boleterías de los cinematógrafos de mi ciudad. Ellos me permiten un lujo módico, no exento de grandeza. Antes, el hecho hubiera sido real, pero más costoso. Imagínese. No hubiera fracasado, pero, como es natural, hubiera triunfado tarde. Ya viejo, sostenido a fuerza de cosméticos y corsés de ballenas, hu-

biera regresado hasta ella; pero, ¿para qué? ¿Para encontrarla casada y feliz? Arrastraría a su lado una desolación elegante de Werther reumático. Un empaque de lord inglés que vuelve de las colonias para reconquistar el amor de una rubia Gwendolyne. Y que se entrega a las drogas que conoció en Oriente, para significar en los salones de las embajadas su fracaso sentimental. No. Eso es antiguo, amanerado y costoso. No condice además con la pureza y la fuerza porteña de mi amor. Nosotros amamos así, con escondrijos de fracaso. Juramos ser dignos de una mujer y nos emborrachamos en el bar de la esquina. Juramos juntar una fortuna y nos vamos al hipódromo. Entonces, no regresamos jamás a la casa de nuestra novia. Y la seguimos amando desde la tristeza de nuestro sobretodo empeñado; desde la humillación de nuestros botines marchitos; desde el malabarismo de los níqueles para no privarnos de un aperitivo.

Conservo un pudor hurraño y salvaje, sin desdecirme nunca, tal como dictan los tangos, en todas las ortofónicas de la calle Corrientes.

No volveré jamás a su lado ni haré irrupción en su vida, empuñando espectacularmente un revólver.

Solamente de lejos, siguiendo su sombra que no puede alcanzar la mía, su imagen que no puede advertirme, soy sólo un par de ojos en la obscuridad de un cinematógrafo. Unos ojos más entre los millares de ojos que la admiran y acaso la aman.

Soy modesto como un hongo de humedad. Escapa el ensueño, así científicamente organizado, a toda humana imperfección. No sabré nunca de la desilusión de tres pecas en el cuello del cisne; del desencanto de una mujer que ronca; de unos ojos hinchados de sueño. Pura, lilial, esotérica, eléctrica. Así es la mujer refractada desde un pedacito de celuloide, un poco más grande que mi uña. Detengo esa imagen con el "ralenti" que imprimo a la manivela y ella produce esos diecisiete gestos, ni uno más ni uno menos, antes de cortarse en la obscuridad. Creo que ningún poeta de la tierra obtuvo jamás igual mansedumbre de su musa. Carezco del arte necesario para expresar esos sentimientos, pero a usted no se le escapará que mi pasión es seria y honrada. No tiene las alacridades de los que se desgastan en lágrimas baldías. No produce sonetos ni cae en la trivialidad de escribir al casero que no se le puede pagar el alquiler, porque hemos sido abandonados por la mujer que amábamos. Este sentimiento es de tan grave austeridad moral como podría serlo una enfermedad infecciosa, cautelosamente oculta bajo un emplasto ortopédico. Llegaré a los ochenta años de edad, y si Dios me conserva la vista, seguiré contando los diecisiete gestos rituales, versículos de una plegaria íntima de nuestra lejana juventud. La imagen no se gastará nunca de proyectarse en la sábana y hasta acabará por fijarse en ella como en el lienzo de la Verónica. El mío es un sacrificio tan gozoso como el del faquir que vive diez años con el brazo en alto, dejando

que las uñas le crezcan en la palma de la mano pecadora. Yo dejo crecer en mi alma la desmesurada longitud de la imagen cinematográfica refractada en la sábana. A veces siento que me ahoga un poco, pero soy dichoso de padecer por ella y doblemente feliz sabiendo que ella no lo sabe ni lo sabrá. Los místicos debían sentir una voluptuosidad semejante. Pero la declaraban en oraciones y en poemas. Yo callo y sonrío triunfante cuando transito por la calle Corrientes e imagino la cara que pondrían los porteños circundantes si imaginaran la causa de mi gozo y de mi dolor. ¿Usted no sabe que la cautelosa penumbra de los cinematógrafos produce esas deformaciones monstruosas? Es mi ejemplo. Soy la víctima de un encuentro casual con una criatura de boca sinuosa y cuerpo de sirena. Cuando me encontré con su pedacito de película que es más práctica, sentimentalmente, que esas cartas antiguas que se guardan amarillentas, atadas con un lazo violeta, comprendí que estaba perdido. Lo proyecté en mi casa y me encadené a la imagen. Desde ese día sigo a la estrella lejana a través de su órbita de dulzura y gracia. Ahora ella va a venir otra vez. ¿Será rubia o morena? Entremos a verla. Pero le confieso, mi paciente amigo, que nada hay en el mundo comparable a su vieja mirada, bajo el gorrito de astracán, cuando en el andén de una estación, que no sé dónde queda, me estrechó los dedos con sus manos cubiertas con mitones de lana marrón...

Domingo

Inédito (1961)

Le dijeron que estaba en el hospital, en la sala 8 del primer piso. Y que podía visitarla después del mediodía. No tenía ganas de ir ni de verla. Eso se había acabado. Pero ella lo quería aún y mucho. Y le había enviado frenéticos mensajes, de esos de rigor: "Si no vienes hago una locura". Y él sabía que ella era muy capaz de hacerla. Hasta de matarse. Tendría que ir, entonces, entretenerla, mentirle una vez más. Podría ser. Y después buscar la manera de desaparecer, de escurrirse. Esconderse un tiempo, quizás. La ciudad es tan grande. Precisamente en esa semana comenzaban sus vacaciones en su empleo.

Podría ir a cualquier parte después. Porque antes tenía que verla. Acaso demostrarle estando frente a ella que todo había acabado. Que no era posible continuar. No la quería. No la había querido nunca. Se unió a ella porque sí, sin atracción especial. Como sucede en las grandes ciudades cuando el azar acerca una mujer a un hombre. Vagos, imprecisos recuerdos en el subte, una